|  |
| --- |
| **Bajar las revoluciones antes de dormir** |
|  |
|  |
|  |
|  |
| 10 / 2005 |
| Alicia y José cumplen largas jornadas en empresas que les exigen cada vez mayor dedicación. A ellos les encantan los trabajos que han escogido y los retos que les plantean. José es creativo en una agencia de publicidad y Alicia es contadora en un estudio contable. Siempre los han fastidiado, ya que nadie entiende cómo dos personas que eligieron carreras tan disímiles han terminado casadas. En efecto, el orden y escrupulosidad de un contador no hace pensar que la pueda pasar bien con el caos creativo de un publicista.  El hecho es que están felizmente casados y se llevan muy bien. Tienen una hijita de un año y medio. Mueren por ella y los fines de semana –a excepción de algunos sábados dedicados a redondear algo que quedó inacabado en la oficina- lo dedican a Yamila. Salen al parque o fuera de Lima, van a ver alguna obra de teatro infantil, o simplemente a pasear por la ciudad. También juegan con ella en casa o van a visitar a la familia, que abunda en primitos y primitas más o menos de la misma edad.  Últimamente, Yamila está haciendo problemas a la hora de dormir. Rehúsa a ir a su dormitorio, insiste en que papi y mami se queden con ella, lloriquea cuando la dejan sola y termina por hacer todo un escándalo que obliga a los padres a regresar permanentemente al cuarto de su hija. La cosa ha comenzado a cobrar un precio alto en cuanto a la paciencia de la pareja, su desempeño luego de noches más o menos tensas e, incluso, ha generado discusiones entre ellos.  Al fin se sentaron con tranquilidad y analizaron lo que ocurría antes del momento en que mandaban a dormir a la niña. La verdad, dijo Alicia, es que llegamos con unas ganas enormes de jugar con ella. En efecto, una y el otro, algo culposos por llegar tarde, la encontraban medio dormida o a punto de dormirse y querían compensar en pocos minutos lo que no habían hecho durante el día. *Sobre todo yo*, comentó Alicia, *porque casi todas mis amigas se las arreglan para estar en casa a las cuatro y yo no puedo hacerlo*.  José la miró con cariño. *De hecho. Llegamos embalados, la abrazamos, jugamos con ella, la hacemos saltar, cantamos y, después de un rato, cuando nuestro propio cansancio nos asalta, queremos mandarla a dormir*. Ocurre muchas veces que cuando uno llega tarde a casa le sube las revoluciones a un niño y luego pretende que se apague con una orden. Es mejor que nuestra interacción sea más sobria y limitada, o que por lo menos culmine con un ritual de relajación que permita a un niño cuyo espíritu hemos levantado con la mejor voluntad, irse adentrando en la tierra del sueño. |